

INICIANDO MILENIO I

Un ensayo inédito

Eugenio Viejo



En este ensayo se pasa revista a los ingredientes sociales, existenciales e ideológicos de la cultura de nuestro tiempo, y para ello se recurre a «paráboles» tomadas de la literatura universal y se analiza la diferencia entre ciencia y filosofía.

EUGENIO VIEJO.

Eugenio Viejo

Iniciando Milenio I

Un ensayo inédito

Título original: *Iniciando milenio I*

Eugenio Viejo, 2018

Diseño y realización de la Portada: Andrés Gustavo Guzmán Arango

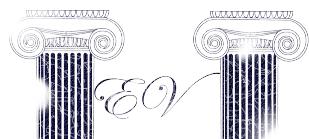


Tabla de Contenidos

Cubierta

Iniciando Milenio I

PREFACIO

Ambigüedad de los Oráculos

1. SAPIENS ALCANZA EL ESTADIO DIGITAL

De Atenas a Praga

Edipo o el precio de la credulidad

José K. ante las puertas de la Ley

Después de Kafka

Sobre el autor

Notas

PREFACIO

Ambigüedad de los Oráculos

Cuentan los clásicos que un ateniense acudió al Oráculo de Delfos antes de partir para una de las tantas guerras de la época, deseoso de saber si moriría en la contienda o regresaría de ella con vida. La respuesta del Oráculo, que se daba por boca de una sacerdotisa en trance que la enunciaba de viva voz, y por tanto sin signos de puntuación, fue:

Iras volverás no morirás

En su deseo de ver confirmadas por el Oráculo sus esperanzas de regresar con vida, el ateniense interpretó lo escuchado de labios de la sacerdotisa tal y como lo había oído y sin tener en cuenta los signos de puntuación, invisibles en la enunciación puramente auditiva. Ahora bien, si el ateniense hubiera utilizado esos signos de puntuación, otro significado de la profecía habría podido ser:

Iras, volverás no, morirás

Y en efecto eso fue lo que sucedió, pues el ateniense perdió la vida en la primera batalla en que participó.

En este ensayo se pasa revista a los ingredientes sociales, existenciales e ideológicos de la cultura de nuestro tiempo, y para ello se recurre a «paráboles» tomadas de la literatura universal y se analiza la diferencia entre ciencia y filosofía.

En un próximo ensayo se analizará nuestra época como la del paso del *homo sapiens*, que filosofa y se interroga sobre su origen y destino (el *sapiens* del POR QUÉ), al estadio de *homo faber*, interesado

primordialmente por los enigmas resolubles (el *sapiens* del CÓMO) y que encuentra su vehículo de expresión ideal en la trama policiaca.

1. SAPIENS ALCANZA EL ESTADIO DIGITAL

Eugenio Viejo

«Toute expérience de l’irrémediable est une des expériences profondes de l’homme.»

ANDRÉ MALRAUX: *Le démond de l’absolu*

Pocas veces ha ofrecido la historia moderna un cuadro clínico más evidente: nuestra era de la informática y de los medios de masas de alcance planetario, se caracteriza por una decidida inclinación a no plantearse las interrogantes ontológicas que han constituido el motor del accidentado proceso de humanización del mono metido a humano.

A algunos esta afirmación tal vez les suene a paradójica, habida cuenta de que nunca como ahora se ha mostrado el ser humano tan poseído del afán de saber, pero tal vez deje de hacerlo si atienden a la diferencia radical que separa ciencia de metafísica, y en particular de ontología, la rama de esta última que se ocupa del ser, de todo el ser.

La *ciencia*, como se denomina el «conocimiento exacto y razonado de ciertas cosas», persigue desentrañar —y así se lo plantea con toda lucidez desde los tiempos del «*Novum organum*»— el CÓMO de los fenómenos y de las cosas. La *ontología* insiste en conocer el POR QUÉ, la causa primera de lo que existe. Y ocurre que hoy, en este mundo bañado por la semipenumbra placentera de las pantallas de toda índole acosadoramente

solícitas, resulta casi imposible no sucumbir a la tentación de olvidarse de que el contenido y alcance de cualquier respuesta son funciones de los términos en que se ha formulado la pregunta.

Semejante olvido suele llevar a quienes lo padecen a no formular más que preguntas implícitamente contestables.

De Atenas a Praga

En la literatura universal hay dos figuras que ilustran de modo conveniente la evolución seguida por esa voluntad de saber que ha animado los progresos a menudo contradictorios del mono que osó hacerse humano.

Se trata de dos autores cuyos avatares biográficos sólo tienen una importancia relativa a los fines del presente ensayo, siendo las obras las que justifican su utilización ilustrativa en este, al resultar paradigmáticas de esa necesidad que siente todo ser humano de saber, de intentar desentrañar el misterio de su origen y su destino.

Veinticinco siglos separan a uno del otro. Y sin embargo, ambos nos dirigen un mismo mensaje que al parecer estamos decididos a desatender, en estos tiempos tan dados a no formular más que aquellas preguntas que se suponen contestables.

Uno de ellos fue hijo de un fabricante de armas y miembro de pleno derecho de la élite ateniense. De joven participó en las olimpiadas y obtuvo premios de atletismo. Fue director de finanzas del imperio ático y estratego junto con Pericles en la guerra de Samos. En su ancianidad fue elegido miembro de la *Asamblea de los Diez Consejeros* que dirigían los asuntos de Atenas. A su muerte, los atenienses honraron su memoria elevándole un santuario y ofreciéndole sacrificios anuales. Escribió ciento treinta tragedias, además de peanes y elegías. Ganó dieciocho veces el premio al mejor dramaturgo y mantuvo siempre el aplauso del público.

El otro nació en el gueto de Praga, hijo de un fabricante de pantuflas. Su juventud fue enfermiza. Llevó una existencia gris de abogado de contenciosos en una compañía de seguros. Fracasó en todos sus intentos de establecer relaciones sentimentales estables y consumió su corta vida en combates —casi siempre nocturnos— con ángeles esquivos y a menudo crueles. De no haber sucumbido a la tuberculosis, es más que probable que hubiera acabado ardiendo en uno de los hornos crematorios nazis que se perfilaban ya en sus obras, como otras tantas premoniciones angustiosas destinadas a convertirse en realidad. Escribió una docena de relatos breves, de los que sólo publicó la mitad; tres novelas que dejó inconclusas; una pieza teatral en un acto que no consiguió terminar; un diario de casi imposible lectura; algunos aforismos y una voluminosa correspondencia.

Su último deseo fue que todo ello se entregara al fuego, pero no le hicieron caso.

Uno y otro fueron hombres religiosos, según los términos de su cultura y su tiempo, y la piedad hacia sus semejantes informa las crónicas teatralizadas o las parábolas noveladas mediante las que nos hablan. Las coincidencias entre ambos terminan ahí.

Edipo o el precio de la credulidad

Al comienzo de «*Edipo rey*» vemos que el monarca de Tebas, informado por su cuñado Creonte de las causas a que el Oráculo atribuye la peste que está asolando la ciudad, y también del remedio para poner fin a tantos males, expresa su plena confianza en la posibilidad de llegar a conocer los designios de los dioses con palabras que habría hecho suyas cualquier griego de la época.

«Pues bien, yo lo revelaré todo otra vez desde el principio», le oímos decir cuando la vaguedad de la información proporcionada por el Oráculo comienza a ponerse de manifiesto, tan pronto como los mortales intentan cumplir las condiciones señaladas por él para que la ciudad recupere la salud.

Edipo está convencido de que una vez desvelada la primera causa, la aclaración de todos los demás misterios seguirá de manera natural, «Pues una sola cosa podría conducirnos al comienzo de muchas, si pudiéramos coger un breve principio de esperanza». Y para Edipo, como buen griego clásico, el breve principio de esperanza en cuestión viene dado por la capacidad del ser humano para razonar a partir de unos datos y, mediante el razonamiento, entender lo que está sucediendo.

No en vano los griegos de la época clásica representan la etapa adolescente del simio metido a *sapiens*.

Cierto que el rey tebano se comporta de manera impulsiva, soberbia incluso, al obstinarse en saber sin pararse a considerar lo que podría derivarse del conocimiento. Pero es que, como ya se vio, cree en el poder de la razón. Además, está convencido de haber entendido cabalmente desde el principio la información recibida y de haber obrado en consecuencia.

«Lo que se busca se puede encontrar», oímos asegurar también al Coro, depositario por excelencia de la norma cultural griega.

Y eso es lo que ha hecho Edipo, buscar. Tiempo atrás, deseoso de conocer su origen y destino, consultó al Oráculo, y este le aconsejó que no volviera nunca a su patria, pues estaba destinado a dar muerte a su padre y casarse con su propia madre. Pocos humanos han escuchado un aviso más aciago.

¿Quién no recuerda lo que sucedió a continuación? Convencido de que su patria era Corinto, pues allí había vivido siempre desde que tuvo uso de razón, Edipo se alejó de aquella ciudad. En su vagabundear se encontró un día con un extraño y, a raíz de una disputa absurda, le dio muerte. El extraño se llamaba Layo y era rey de Tebas. Al poco, Edipo resolvió el enigma de la Esfinge —porque Edipo pertenece a esa constelación de héroes que, como Ulises, lo son más por su ingenio que por su valor, con ser este grande—, el monstruo que cerraba el acceso a Tebas, y los tebanos, agradecidos, le concedieron la mano de una viuda reciente: la reina Yocasta.

¿Cómo habría podido sospechar siquiera el confiado Edipo que los hijos que iba a engendrar con su flamante esposa en el curso de un largo y pacífico reinado serían al mismo tiempo sus hermanos maternos? ¿Acaso no había seguido las recomendaciones del Oráculo y se había alejado para siempre de la mujer a la que creía su madre? ¿Y qué decir de la arrogancia con que el héroe se compromete a castigar al matador de Layo, cuando el Oráculo hace saber que sólo así terminará la peste que asola la ciudad?

Pero ¿es correcto hablar de arrogancia refiriéndose a la actitud de Edipo? No, por cuanto quien así habla *desconoce* lo que está sucediendo realmente. Es más, nunca se le ocurriría relacionar a aquel desconocido iracundo al que él mismo dio muerte en un cruce de caminos, con el llorado rey Layo. De ahí su ingenua arrogancia. Ni siquiera *sabe* por dónde empezar a buscar. Por eso hace suya la pregunta que lanza un Coro de pronto vacilante: «¿Dónde hallarlo [al matador de Layo]? ¿Dónde hallar la oscura huella de la antigua culpa?».

Edipo —al igual que el Coro— está perplejo. Y esto es importante, porque el hombre perplejo *no sabe qué preguntar*. Si lo supiera, dejaría de *estar* perplejo. Saldría de la pasividad que la perplejidad implica y se mostraría inquisitivo, dispuesto a la acción. Pero sobre todo, esa perplejidad es importante porque las griegas no son deidades *ocultas*, sino deidades que se manifiestan y que responden a las interacciones de los humanos. Lo que sucede es que, en las respuestas que proporcionan, esas deidades tienen tendencia a escamotear una parte esencial de la información: la parte precisamente que los humanos no están en condiciones de prever y que por tanto no han podido incluir en sus preguntas. Ese escamoteo, ese silencio disimulado en el proceso de transmisión de los datos, *esa diferencia existente entre la información que*

se proporciona y la información que sería necesaria y posible, constituye el espacio en que se produce el nacimiento de la tragedia griega.

Por eso la tragedia del griego Edipo es la tragedia de la información incompleta; la tragedia de la información sutilmente tergiversada. Lo que por otra parte coincide con la interpretación clásica, que ve en «*Edipo Rey*» la tragedia del hombre soberbio que se creyó capaz de entender plenamente la respuesta dada por los dioses a su pregunta, menospreciando el aviso de que estos suelen cegar a quienes quieren perder.

Y por eso el concepto griego de destino se ha podido popularizar en términos que podrían ser más o menos los siguientes: el hombre es desdichado y culpable de su propio infortunio porque no puede llegar a saber, no puede llegar a tener toda la información que necesitaría poseer para evitar la desdicha. Y no puede llegar a ese conocimiento pleno porque o bien no sabe cómo demandarlo a los dioses, o estos, en su malicia, responden a su petición de forma tal que —habida cuenta de la condición miope y efímera del humano— es inevitable que la interpretación dada a su respuesta resulte errónea e insuficiente.

Pero esto último tiene no obstante una importancia secundaria (y de ahí los efectos en última instancia enajenantes de la tragedia, vista en la perspectiva ontológica). Si los dioses se aburren y, para distraer su tedium, juegan a equivocar a los mortales en su afán de saber, eso es algo que afecta más al orden ético de las divinidades que al impulso trascendental y ontológico que lleva al ser humano a querer saber. Los débiles de espíritu, los acomodaticios, tal vez exclamen con Yocasta: «¡Ay, desdichado! ¡Ojalá no sepas nunca quién eres!». Los otros, los Sócrates, los Aristóles, los Platón, insistirán en conocer tanto las causas de todo lo que es como en conocerse a sí mismos. Serán criaturas ontológicas por excelencia.

Y con su insistencia en saber estarán sentando las bases para que se prolongue en el tiempo esa voluntad de cuestionamiento ontológico que preside la evolución de la especie.

José K. ante las puertas de la Ley

Veinticinco siglos después de que los dioses cegaran a Edipo el legado de los griegos clásicos sigue manifestándose, aunque ahora lo haga en ambientes muy distintos del palacio real tebano.

Milagros de la democracia: en esos dos mil quinientos años, la angustia existencial, antaño patrimonio de las clases dirigentes, ha llegado a estar al alcance de los hijos de los fabricantes de pantuflas.

Reflexionemos. Esos siglos han servido de marco, consecutivamente, a las edades de la Religión, la Razón y la Revolución, cada una de ellas con su mística, sus dogmas y sus hogueras.

Es evidente, ¿no? En nombre del conmovedor espectáculo de un dios encarnado en hombre y crucificado por propia voluntad; del libre albedrío y de la libre empresa; de la justicia social y de la fraternidad, el simio metido a humano ha protagonizado hechos de una inhumanidad que difícilmente habría podido concebir la joven mente griega.

De ahí la cautela que José K., *alter ego* del hijo de un comerciante judío de Praga, demuestra en sus inquisiciones. Sin duda es buen lector, y Shakespeare y Cervantes le deben haber enseñado que ni en la locura de la pasión, ni en la pasión de la locura, se encuentran las respuestas ansiadas. Y otro tanto le habrán mostrado la larga cohorte de investigadores metódicos, sonámbulos o iluminados entre los que un Goethe, un Nietzsche, un Rimbaud o un Dostoyevski son como faros en el camino que conduce hasta el lejano resplandor al que José K. se esfuerza por acceder, en un vano intento de ver mitigada su sed de certidumbre^[1].

Así, «*El proceso*», una gigantesca parábola incrustada de otras parábulas en apariencia menores, se abre con la escena de un hombre que, al despertar un día en ese epítome de la indefensión y la inocencia que es un lecho doméstico, descubre asombrado que está siendo objeto de un trato incomprensible y arbitrario. Asistimos al comienzo del desenlace de un curioso destino: el de un oscuro empleado que, «seguramente calumniado» y convencido de «no haber hecho nada malo», intentará por todos los medios llegar a *saber de qué se le acusa*, y pasará toda su corta vida de reo en libertad provisional intentando defenderse de cargos cuyo contenido ignora, buscando explicaciones con obstinación de sonámbulo en un universo absurdo y laberíntico y fracasando en todos los intentos de llegar

a comparecer ante un invisible Juez Instructor de su causa, para acabar muriendo acuchillado «como un perro» a manos de dos dudosos funcionarios de una más que dudosa Ley.

Porque esa es la otra modificación operada por el paso de los siglos: las deidades, en el mundo burocratizado y gris por el que deambula el oscuro empleado praguense, han dejado de mostrarse accesibles para el hombre y sus preguntas. Se han *ocultado*, y al parecer definitivamente. Los Tiresias se han retirado también de escena, por falta de demanda. El tiempo de los intermediarios, de los oráculos complacientes incluso en su vaguedad, ha dado paso al tiempo de los exégetas. Exégetas que basan su legitimidad más que en la omnisciencia propia, en la ignorancia perezosa de quienes a acuden a ellos.

Esta nueva situación queda ilustrada por el camafeo que encontramos a sólo quince páginas del final de ese fresco empapado de humor negro que es *«El proceso»*.

Cuenta esta incrustación cómo un hombre se presenta un día ante el centinela que vigila la puerta de acceso al recinto donde mora la Ley y le pide que le deje entrar. El centinela responde que no puede dejarle pasar en ese momento. Tras reflexionar, el hombre quiere saber si se le permitirá entrar más adelante. «Es posible», responde el centinela, «pero ahora no». El hombre no había previsto tal dificultad.

Resulta en verdad cómica esa obstinación del *homo sapiens* en creer que la Ley, el Respondedor, el Inventor de las Reglas del Juego habrían de ser accesibles para todos y en cualquier momento. Aun así, el río del tiempo no ha discurrido en vano, y nuestro hombre, cauto y humilde, opta por esperar. ¡Qué lejos ya los tiempos de la arrogancia y de querer forzarle la mano al destino! Ciento que, como la espera se prolonga durante interminables años, el hombre pierde a veces la paciencia, multiplicando entonces los intentos de que se le permita entrar, fatigando al centinela con sus ruegos y sus humildes, risibles tentativas de soborno.

Tentativas lastimosas cuando se las compara con el despliegue de iniciativas, ardides y medios de todo tipo de que se servirá José K., el protagonista un poco menos anónimo de la parábola general del libro, en su búsqueda de información, de respuestas capaces de mitigar aunque sólo sea parcialmente la melancólica sensación de impotencia que le va poseyendo. Pero se trata de un contraste buscado. El objetivo de ese magistral camafeo es ilustrar por oposición. Su propósito es mostrarnos que el resultado último de todo intento de saber es el mismo, no es posible

saber, no es posible llegar a conocer ni las leyes ni al Juez que las aplica, y eso con independencia de la constancia, la energía o los medios que se apliquen en el intento.

«¿Qué quieres saber aún? Eres insaciable», son las penúltimas palabras que el centinela dirige al hombre, a punto ya de expirar al pie de la puerta que durante años ha esperado en vano poder traspasar. ¡Puerta que sin embargo estaba destinada únicamente a él y que sólo él habría podido por tanto traspasar! «Ahora la cierro y me voy», son precisamente las últimas palabras que pronuncia el guardián.

Y lo que sigue puede entenderse como la síntesis de la experiencia adquirida por el obstinado sapiens José K. —que no le teme a nada, ni siquiera a la humillación o al ridículo, en su búsqueda alucinada de respuestas— o bien como una especie de comentario irónico, una sarcástica glosa de quienes privados de todo poder de mediación ante el Misterio, se obstanan en ejercer como exegetas. «Los glosadores», señala el Obispo que trata de officiar de Tiresias ante el análisis escéptico que José K. hace de la mini parábola, «dicen que es posible comprender una cosa y a la vez engañarse sobre su significado».

¿Humor negro? ¿Metafísica? ¿Ambas cosas a la vez? Posiblemente. Conviene no olvidar que el humor es a menudo el instrumento utilizado por los débiles en su lucha por la supervivencia. ¿Y puede haber entonces mayores humoristas que esos judíos del gueto con cuya tradición se identificara plenamente el inventor de José K.?

En cuanto a los partidarios de la interpretación metafísica, ¿cómo y por qué descalificarles? En un universo en que las deidades llevan ya tanto tiempo ocultas y silenciosas que comienzan a ser mayoría los que dudan que hayan existido alguna vez, ¿no incurriría en flagrante acto de metafísica quien se obstantara en formular preguntas a todas luces incontestables? Por lo demás, estos últimos saben o al menos deberían saber a lo que se exponen: alguien o algo acabará por hundirles un puñal en el corazón, removiéndolo bien hasta asegurarse de que el molesto inquisidor ha dejado al fin de importunar.

Después de Kafka

Largo y diverso, el recorrido efectuado por el simio metido a *sapiens*.

De un Edipo que creía —a costa propia— que era posible saber, que las preguntas obtenían respuesta y que al humano le era dado ordenar su conducta de acuerdo con la información obtenida y de ese modo ser feliz, ha llegado a convertirse en un José K. que, escéptico por necesidad de conservación y naturalmente dotado para la infelicidad, constatará que por más empecinamiento e ingenio que se derroche no es posible llegar a saber lo esencial antes de que el cuchillo haga su trabajo.

¿Cómo extrañarse entonces de la acusada tendencia de los actuales descendientes de Edipo y José K. a no plantearse las cuestiones esenciales, esas interrogantes desestabilizadoras para los ánimos engolfados en las cómodas certidumbres cotidianas que emanan de una cultura concebida como entretenimiento y espectáculo y de un pensamiento débil y debilitador?

Vistos los resultados de la diversa y obstinada inquisición que constituye la senda que conduce de la Atenas clásica al gueto de Praga, ¿no será mejor sucumbir a la tentación de inquirir sólo sobre aquello que se sabe conocible? ¿Ceder a la conveniencia de no formular más que aquellas preguntas de las que se intuye que tienen respuesta? ¿No será más sensato plantearse exclusivamente la aclaración de aquellos misterios que, lo sabemos, con un poco de tiempo, de ingenio y de capacidad técnica acrecentada acabaremos por resolver?

La respuesta dada a estas interrogantes es la distancia que media entre la novela «metafísica» de Kafka y la novela «policíaca» hoy en boga.

Después del Holocausto, de Hiroshima y del Gulag, incluso los descendientes más atrevidos de aquel simio metido a *sapiens* —esos que durante más de un siglo se obstinaron en provocar la mutación de la que resultaría el mítico «hombre nuevo»— se han visto obligados a bajar mucho el nivel de sus expectativas. Por eso las pantallas de cine y televisión, las tabletas y los móviles, y las novelas que aún se publican y se leen, tienen tan a menudo por protagonistas a unos detectives privados, unos inspectores o comisarios de lo más discretos y razonables, amigos de la buena mesa, del erotismo moderado y de los viajes de evasión. Ciudadanos corrientes, en suma, dedicados a resolver «casos» y

«situaciones» más o menos complicados pero que, en verdad, sabemos que con un poco de entrenamiento y de paciencia, cualquiera de nosotros podría resolver. Ellos son los verdaderos héroes de la democracia «soft» o débil que bendice a las sociedades posilustradas, posindustriales y posmodernas.

Su contrapartida en el mundo real —es decir, en el mundo poblado de pequeñas pantallas por el que nos movemos en nuestra actuación cotidiana—, son los programadores informáticos. Esos expertos en preguntas y respuestas concertadas, en lógica binaria, en logaritmos, en conexiones y deducciones que se transforman en interconexiones, en realidades virtuales en suma.

Delfos se ha trasladado a Silicon Valley o a la Comisaría del barrio.

Pero ocurre que el dilema que José K. nos planteaba —la premonición de que el hombre podría llegar a conocer el misterio de su origen, el secreto de su destino y las razones de su infelicidad, pero sólo a condición de que tuviera toda la información precisa, cuando lo propio de su condición parece ser precisamente la incapacidad de preguntar *todo* lo que necesitaría saber o preguntarlo *correctamente*— no tiene por qué ser fatalmente el final de tan largo proceso. Sin duda la indagación de José K., tan obstinada y lúcida como infructuosa, constituye un camino sin salida. Y como todos los caminos sin salida, suscita un espíritu de rebelión a menudo homicida y a veces suicida, pero que casi siempre suele ir seguido de un *desencanto* manso y acomodaticio. La historia abunda en ilustraciones elocuentes de semejante ciclo al parecer insuperable.

La diferencia, en nuestro mundo poskafkiano asaltado por un incansante alud de informaciones en buena parte inútiles cuando no falsas o enajenantes, aunque sin duda provechosas para quienes las generan y manipulan, consiste en que en el tercer movimiento que el dilema kafkiano plantea como posibilidad y como exigencia, y según el cual una vez superados desesperación y desencanto es preciso cambiar de dirección y tratar de seguir avanzando, tendremos que operar aplicando presupuestos y tácticas de indagación muy cautelosos.

Convocado a optar entre una zozobra existencial expresada en metáforas caducas, y las sofisticadas técnicas de escamoteo de quienes actúan decididos a que los CÓMO se impongan definitivamente a los POR QUE, el *sapiens* de la era del diluvio universal de datos y de las inextinguibles rutas de navegación hacia ninguna parte por el ciberespacio de la Red Global se abandonará a ese pragmatismo que excluye toda

respuesta incomprensible o incompleta y como tal inquietante. Esa ha sido siempre la opción de los mansos de corazón y de hemisferios cerebrales. Sísifo no encontrará seguidores frente a las exhortaciones cotidianas a participar en un nuevo panteísmo con ropaje ecologista, en la fascinante búsqueda de formas cada vez más inmateriales de la materia, en las realidades virtuales más inverosímiles o en el vértigo de la ingeniería genética, los milagros de la clonación y la llamada inteligencia artificial.

Pero entonces, ¿qué camino tomar? ¿Cuáles son las preguntas sin respuesta aparente que es preciso seguir formulando para que el largo y zigzagueante proceso de humanización de ese mono desviado no se empantane a la postre en un atrofiador hedonismo electrónico?

Sin duda esas preguntas tienen que ver con un conocimiento tan primigenio como último y total. Pero poco más puede decirse sobre ellas. Si acaso, que su contenido y formulación más habrían de tener en común con la poesía que con la lógica. Sobre el resto, sobre el alcance y el contenido de tales preguntas, sobre los modos y sobre las experiencias en que habrán de basarse, sólo el silencio, la suspensión del ánimo y la cautela parecen estar hoy indicados. Al fin y al cabo, hay generaciones a las que parece corresponderles la deslucida y anónima labor de ganar tiempo.

Pero en cualquier caso, cuidémonos de los optimistas y de los desesperados. Del simio metido a ejercer de sapiens y del sapiens dispuesto a retroceder gustoso a la condición de simio.

Dos milenios y medio no deberían haber transcurrido en vano.

Ginebra, 1989 - Madrid, 2018

© Eugenio Viejo



EUGENIO VIEJO GARCÍA (Madrid, España, 1942). Nace en el barrio madrileño de Lavapiés en el seno de una familia obrera. A los trece años abandona la escuela para comenzar a trabajar, y durante los diez años siguientes ejercerá diversos oficios al tiempo que busca ampliar sus conocimientos de manera autodidacta, estudiando idiomas y frecuentando ambientes como el Ateneo y el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Cumplido el servicio militar emigra a Inglaterra, donde trabaja un año en un hospital próximo a Liverpool, regresando luego temporalmente a España para obtener la cartilla de navegación que le permite enrolarse en un pequeño buque mercante que navega por el Mediterráneo. Después se dirige a Rótterdam, donde es contratado como camarero de oficiales en un trasatlántico que hace la ruta Rótterdam - Nueva York.

En 1966 contrae matrimonio y junto con su esposa norteamericana emigra a Chile, donde hasta 1970 trabaja en una revista de divulgación científica en cuya creación participa, compaginando las labores periodísticas con la traducción de libros. De vuelta en Madrid, a finales de 1970 es contratado como traductor por la Agencia EFE, donde permanecerá los ocho años siguientes, compaginando su trabajo con los estudios de periodismo hasta licenciarse en la primera promoción salida de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense. En esa época milita política y

sindicalmente, participando junto con otros periodistas en la publicación de la revista Gaceta de Derecho Social, creada por varios despachos de abogados laboralistas que asesoran al emergente movimiento obrero de oposición al régimen.

Después de la muerte de Franco, abandona la militancia política y sindical y, tras aprobar un concurso internacional convocado por la Organización de las Naciones Unidas, en 1977 es contratado como traductor y redactor de actas por la Secretaría de esa organización y viaja a Nueva York con su esposa y su hija, permaneciendo en dicha ciudad hasta 1987, cuando se traslada a la sede de la ONU en Ginebra para seguir desempeñando las mismas funciones. La naturaleza de su trabajo le lleva a viajar por África, América, Asia y Europa hasta que, en 1997, renuncia a su puesto en la organización mundial y vuelve a España con su familia, radicándose en Madrid y dedicándose desde entonces a la traducción y la escritura.

Notas

[1] La obra de Kafka, por su singularidad, tanto psicológica como sociológica, parece una ilustración más pura que la que representarían obras como las Walter Benjamín o Ernest Bloch, con sus tentativas de combinar saberes y métodos de investigación tan dispares como el materialismo marxista y la Cábala. Y también más actual que ilustraciones de corte vitalista y pagana como son las obras de un Camus. las reediciones del culto a la diosa Razón salidas de la pluma de un Sartre o las profecías de deconstrucciónistas propensos al indeterminismo y a la poesía de la sinrazón, tras haber discurrido por los túneles de espejos de un Heidegger. <<